



(Safó.)

BIBLIOTECA COLOMBINA DE SEVILLA.

Uno de los monumentos que honran la literatura, y en que el gran Colón y su hijo se propusieron dejar un magnífico legado á la civilización de España, es la Biblioteca Colombina, situada en uno de los ángulos de la suntuosa catedral de Sevilla. Habiendo D. Cristóbal Colón reunido cuantas obras habían servido para su estudio sobre la existencia de otro hemisferio, las que había adquirido en reinos extranjeros, las que le habían donado los Reyes Católicos, las que fué escribiendo sobre sus viajes y descubrimientos, y últimamente las que en la civilización de aquella época dirigían las ciencias y estudios á que se había dedicado, llegó á reunir 8,000 volúmenes, entre los cuales eran notables su *Diario de navegación y descubrimientos ultramarinos*, y las anécdotas, sucesos é historias de sus viajes, que todavía no han acabado de ser explotadas. Su hijo y heredero D. Fernando Colón, segundo almirante de las Indias, recibió entre sus bienes aquella librería, que por su afición al estudio miró con tal predilección, que trató de completarla y enriquecerla con cuantas obras interesantes pudiese adquirir de España, Bélgica, Holanda, Alemania, Italia y Francia. La librería propia de D. Fernando llegó á 12,000 volúmenes, los cuales coordinó, arregló, numeró y puso en un índice luego que recibió la de su padre, destinando para ello un ángulo de su palacio, junto á la puerta de Goles, hoy Real, de la ciudad de Sevilla, en cuyo sitio permaneció bastantes años con un orden en sus estanterías y colocación de libros, que la hacían ser la principal de España, y pone la fama de D. Fernando Colón en la altura de literato, comparado con la de sabio y conquistador de su inmortal padre. Aquella librería de 20,000 volúmenes escogidos, colocada en un palacio y cuidada por el heredero del mas célebre conquistador, era frecuentemente visitada por los sabios y hombres estudiosos, y venían á con-

sultar en ella extranjeros ilustrados. Tal importancia mereció á Don Fernando su librería, que además de haberla constituido en una fundación de patronato, encargaba á su heredero su aumento en la siguiente cláusula: «Item, porque en lo tocante á la librería, como adelante parecerá, dejó á elección del almirante D. Luis Colón, mi señor sobrino, ó al que me heredare su mayorazgo, que acepte el depósito de ella, y de mis bienes remanentes que yo á ella anexo, digo é suplico á su señoría, que si eligiere de recibilla, que mis casas y huerta que á ella queda anexa, la procure de sostener y aumentar, porque segun he visto sitios de casas por la cristiandad, ninguno pienso haber mejor. Así mesmo digo que no quite los *litreros* que ven ella yo dejara puestos, ó que mis testamentarios por mi orden é comision pusieren; mas antes que si por tiempo se envejecieren que los mande renovar de manera que esten siempre legibles, etc.» Concluyendo haciendo otras largas y minuciosas prevenciones sobre el cuidado y perfeccionamiento de su librería.

Por su testamento de 3 de julio de 1539, ante Pedro Castellanos, escribano de Sevilla, legó D. Fernando su librería á su sobrino D. Luis Colón, imponiéndole la obligación de conservarla, sostenerla, abrirla al público y aumentarla con el valor y renta de las casas de su morada palacio, y su mueblaje en que las tenía, y su huerta, sitas á la puerta de Goles de dicha ciudad; y en el caso de no aceptar esta obligación ó no cumplir las condiciones que establecía, pasase en depósito con los mismos deberes al cabildo de la santa iglesia catedral, y si tampoco aceptase ó cumplierse dichas condiciones, pasase en igual forma al monasterio de padres dominicos de San Pablo de la misma ciudad. Y que no cumpliendo ninguno de ellos volviese á los sucesores del almirantazgo de Colón, cuyos poseedores tuviesen derecho á nombrar un visitador ó visitadores que examinasen el estado de la librería y el cumplimiento de aquellas condiciones, por dichas corporaciones depositarias, ó cuyo fin hubiese á su puerta un rótulo que espresase estar allí depositada la

hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió el autor á un grado más, le dió una ayuda de costas de 200,000 mrs. por una vez, mandó pagarle por tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes.

Así resulta de los expedientes y registros originales que se custodian en el real archivo de Simancas, entre los papeles de estado del negociado de Cataluña, y los de la secretaría de Guerra, parte de mar y tierra en el referido año 1543.»

Ahora solo resta computar fechas, y se verá que cuando Papin pensó á sí mismo lo del vapor, habían pasado cerca de dos siglos de la muerte de Garay.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD, 6 HISTORIA DE GUILLERY. 1606.

EL ENCUENTRO.

El aspecto de las tinieblas estaba allí agitando sus alas, semejantes á los volvos que oscilan el viento y oscurecen la corte, cuyos pliegues son semejantes en sus frentes á un mar azotado por la tempestad; monstruosos horribles e imponentes gradaban sus colores tierra en sus frentes, y su mirada oscurecía el espacio.

(BIBLOS. Vision del juicio final.)

Era una siesta sombría del mes de febrero de 1606: gruesas nubes azotadas por una fuerte brisa del noroeste se amontonaban húmedas y frías sobre la cabeza del inquieto viajante: de vez en cuando un pálido rayo de sol huía de aquellos amenazadores aludes, y como un relámpago fugitivo iluminaba el paisaje, especie de tela viva, en que la naturaleza, semejante á un gran pintor, parecía haber arrojado los atrevidos rasgos inspirados por una poesía salvaje y melancólica. Las aguas del Loira arrastraban entre sus ondas las nieves y los torrentes que se precipitaban de las montañas de la Anvernia. Sordos murmullos, precursores de un trabajo subterráneo é incesante, se mezclaban á las quejas del viento: á cada instante se veía al río, enemigo infatigable, levantar su crosta imponente casi hasta el nivel de los tablones que serpentean en sus orillas y sirven de comunicación entre Tours y Amboise.

A la izquierda se extendían ricas dehesas medio sumergidas. A la derecha, y sobre una línea de ágrestes rocas, aparecían algunas viviendas, de las cuales salían ligeras nubes de humo, que no tardaban en confundirse con las del cielo. Nunca ser humano animaba con su presencia aquel espectáculo, ni se atrevía á arrostrar unos peligros inevitables para el imprudente viajero.

El dique era impotente contra la lucha de los furiosos elementos, y sin embargo, en uno de los muchos recodos que forma ese trabajo gigantesco, debido á la solicitud de los reyes de Francia, apareció de pronto un hombre, cuyos precipitados pasos y turbada fisonomía revelaban los peligros de su situación. Su esterior nada tenía de notable; su grueso traje atestiguaba en muchas partes antiguos y leales servicios, é indicaba la clase poco acomodada á que pertenecía su dueño. Llevaba una especie de angustina de color oscuro, y de su cintura pendía una escarcela de pelo de cabra; su sombrero gris de anelas alas ostentaba una de esas imágenes de plomo, á las que las ideas de la época concedían ciertas virtudes preservadoras. Unas polainas y un gamote con nudos completaban un equipo saz ligero y conveniente para el método de viajar que había adoptado.

De vez en cuando dirigía á su alrededor miradas inquietas é indecises, como si vacilase en proseguir su camino. Reconociendo sin embargo que no le quedaba recurso para alejarse de aquel sitio peligroso, continuaba su marcha, aguijonado por un terror que se aumentaba por minutos. Entonces hubo uno de esos momentos de calma, mas temibles para el viajero experimentado, que la misma tempestad. Nuestro hombre, por el contrario, pareció que respiraba mas libremente, y miró hácia adelante con mayor seguridad. Pero de pronto se hizo oír un ruido sordo, y las enrespadas olas, rompiendo por fin el obstáculo que por tanto tiempo las había contenido, se abrieron paso por el dique, que era mas débil en aquel punto. Se abrió este, y el aldeano, lleno de terror, solo tuvo tiempo para hacerse atrás exclamando:

—S. Juan, ten piedad de mí!

Como si su ruego hubiese sido oído, apareció al punto un nuevo personaje al otro lado de la especie de cueva que las aguas acababan de practicar: parecía como que examinaba atentamente y con interés la peligrosa situación en que se hallaba el viajero.

—¡Vive Dios, que es Juan! gritó en seguida. Por aquí, compañero, por aquí.

Entonces, con un vigor y una destreza que no debían esperarse ni de su edad ni de su aspecto, agarró con fuerza por las ramas un árbol que crecía en el extremo de la dondonada, ya medio inclinado por la falta de terreno que lo sostuviera, y precipitándose sobre la orilla opuesta, hizo señas al viajero para que aprovechase aquel medio inesperado de salvación. El pobre aldeano asentó con repugnancia y temblando el pie en aquel puente improvisado, y á no ser por el peligro que ambos arrostraban en aquel instante, el otro se hubiera reído de las grotescas contorsiones que hacía su aturdido discípulo de gimnástica.

Su voz se hizo oír de nuevo.

—Pronto, pronto, compadre; no mireis así hácia atrás, ó por el cielo, que ya no será tiempo para salir de tan mal paso.

Rompiendo acto continuo una rama del árbol, la alargó á su compañero animándole con sus señas y con su acento. Benamorado el último, se adelantó dos ó tres pasos, y agarrándose con ambas manos á la rama tutelar, saltó á la opuesta ribera.

—¡Ah, señor Ives! exclamó arrojándose á los brazos de su libertador; sin vos, me hubiera visto perdido. Ofrezco á S. Juan un cirio...

—Ea, ea, compadre, salgamos primero del pantano, y luego cumplireis con vuestra devoción.

Aunque algo escandalizado de la poca reverencia de esta réplica, dirigida á su protector celestial, su único recurso en trance apurado, Juan conoció que aquel no era el momento de discutir: siguió pues el impulso que se le daba, aunque volviendo la cabeza hácia atrás.

—¡Ah, compadre! gritó persiguiéndose devotamente.

No pudo decir mas por impedirse su terror, y le señaló con el dedo el sitio que acababan de abandonar.

El puente lanzado por Ives había desaparecido.

En su lugar solo se divisaba una inmensa masa de agua espumante, que se precipitaba rugiendo en la llanura y arrastrando los árboles y las piedras, como el torbellino hace volar las pajas y las arenas.

Nada contestó Ives; pero apretó con mas fuerza el brazo del aturdido aldeano, y acelerando ambos el paso, se dirigieron rápidamente hácia la población, cuyos campanarios se divisaban á lo lejos entre la niebla.

El hombre que de un modo tan milagroso acababa de salvar de la muerte al desgraciado Juan, nada ofrecía de particular que mereciese llamar la atención. Su traje negro, sumamente sencillo, solo se hacía notar por una cadena de oro que le rodeaba el cuello, según acostumbraban llevarla los síndicos de aquella época. Su estatura era bastante alta, y sus miembros dolgados. Sin una especie de mueca burlesca que fruncía los pliegues de su labio inferior, sin las oblicuas miradas que algunas veces despedían sus ojos grises, cubiertos por unos párpados larguissimos y canos, nadie hubiera conocido la distancia que separaba á estos dos hombres. La superioridad intelectual poseía tambien sus signos de reconocimiento, imposibles de disimular, ya los rubra el paño pardo ó el terciopelo.

De pronto dejó de apresurar el paso, y dijo al aldeano mostrándole los muros del recinto, cuya negra sombra se dibujaba hácia el Poniente.

—Vamos, compañero, valor: hé ahí cerca las murallas de nuestra dichosísima ciudad: el terreno es aquí sólido, y nada tenemos ya que temer.

—¿Nada que temer? repitió el otro como un eco.

Y sus miradas inquietas examinaban las mas pequeñas desigualdades del terreno.

—Habéis muy bien, sin tener en cuenta lo que acaba de sucederme. ¡Ah! mi pobre Marta tenía razon...

—¿Cómo así?

—Cuidado, me dijo, mira cómo andas tu camino, porque la lechuzca chilló anoche tres veces, y Ravageot estuvo saltando hasta el amanecer.

—Esas son necedades.

—¿Con que no creéis en esos pronósticos? reposo Juan mirando á su libertador con desconfianza y separándose de él.

—No por cierto; y en prueba de ello, vamos á sentar á un rato en este repecho, porque después de los esfuerzos que hemos tenido que hacer me siento fatigado.

—Por mi parte, ya que el bienaventurado S. Juan me ha libertado de la muerte enviándome en tu ayuda, no me detendré un minuto en estos sitios: quiero tranquilizar á mi pobre Marta.

—Vete pues en paz, dijo Ives, porque yo no pienso entrar en la ciudad hasta el anochecer.

Acto continuo se separaron; pero no bien había llegado Juan á las puertas de la población, cuando un hombre, un esbaldado, un ser fantástico se presentó delante de Ives. Este solo recordó que cayó al suelo de linójos, y que cuando se levantó la vision había ya desaparecido.

El desgraciado mercader lanzó una especie de gemido sordo, aseguró su escarcela con un gesto intraducible de dolorosa resignación, y temblando de miedo, llegó por fin á la Puerta Nueva. La atravesó sin hacer caso de los saludos de la guardia municipal, y no bien llegó á su casa examinó cerraduras y cerrojos, se acostó sin pronunciar una palabra, soñó que las brujas le llevaban por los aires, y creyendo habérselas con una de ellas, aporreó á su muger por la primera vez de su vida.

Poco antes de la época en que ocurrió la inundación del Loira, la Francia, gracias á las victorias de Enrique IV, acababa de concluir con sus enemigos una paz ventajosa, que se firmó el 2 de mayo de 1598 en Vervins. Felipe II y Manuel de Saboya restituyeron á la Francia sus antiguos límites, y Calais por un lado, el Franco-Condado por otro y el Bearne, aumentaban su esplendor y prosperidad de una manera extraordinaria después de veinticinco años de guerras civiles.

Desde luego se hicieron conocer los beneficios de la paz, así como las sábias providencias de Sully. Pero como si la natural actividad de los franceses se resentiese de la privación de los elementos exteriores, cayeron sobre el país nuevas plagas. Muchos soldados, reducidos á la ociosidad por diversos motivos, se dieron á robar infestando los caminos, y el pueblo no tardó en quejarse de la paz que tanto habla deseado. Alligido Enrique por los males que aquejaban á sus vasallos, dictaba á sus autoridades las órdenes mas enérgicas.

«Por lo cual, decía, mandamos á nuestros gobernadores de provincia que persigan y desenartiquen á todos los hombres de armas llevar de á pie ó de á caballo, que recorran los campos sin comision expresa nuestra, y con este objeto les autorizamos á tocar á rebato y á reunir la nobleza, las municipalidades y las parroquias.»

A pesar de esta justicia tan militar como expeditiva, algunos aventureros, mas atrevidos que los demás, se burlaban de las amenazas



— Pronto, pronto, no mireis háciat atrás...

del rey y proseguían robando y asesinando sin piedad á cuantos oponían resistencia. A este número pertenecía el hombre que se había aparecido repentinamente á Ives. Segundo de una casa ilustre de Bretaña, de carácter audaz y ambicioso, Guillery había seguido desde luego el partido de la Liga. Robusto y ágil, de un valor á toda prueba, supo distinguirse y adquirir vastos conocimientos en el arte de la guerra para poder llegar á ser algún día un capitán acaudalado.

Desgraciadamente para él y para la de otros muchos que solo dependían de sus espadas, la paz de Vervins les obligó á envainarlas. El resultado fué que la desesperación hizo de valientes soldados temibles bandidos, tan perjudiciales como las grandes compañías de que Duguesclin libró á la Francia. Uniéronse á Guillery los mas famosos aventureros, á quienes había seducido su reputación, y sus dos hermanos se pusieron tambien á sus órdenes. Hallóse pues al frente de una partida de mas de cuatrocientos hombres determinados para perseguir á los prebostes, y respetando por lo general á los nobles y saqueando á los mercaderes, organizó el robo, y regularizó el asesinato y el incendio.

Retirado en un bosque hácia los confines de la Tuiena y del Poitú, llegó á construir y á armar una fortaleza casi inexpugnable. A fuerza de arte y de trabajo la convirtió en una madriguera, de la cual se contaron maravillas, y estas relaciones, acogidas con avidez por la tendencia supersticiosa de la época, tendencia hábilmente explotada por Guillery y sus compañeros, entretenían y desorientaban la curiosidad de los ociosos de las poblaciones circunvecinas. Sus marchas rápidas, que se extendían hasta Normandía y hasta el Leonésado; los espías que el oro de Guillery se proporcionaba en todas partes, y que le ponían al corriente de cuanto ocurría en cada localidad, todas estas causas reunidas prestaban una especie de verosimilitud á aquellos cuentos fantásticos, de modo que se creía generalmente que el jefe de la terrible partida tenía á sus órdenes un espíritu familiar.

Volviendo ahora á nuestra historia, vamos á referir la escena que ocasionó el aturdimiento de Ives, á fin de exponer uno de esos caracteres vaciados en bronce, que á semejanza de las medallas antiguas sirven para reconocer un siglo á la primera mirada.

El mercader recordó los presagios de Juan en cuanto vió á un extraño

delante del repecho en que acababa de sentarse. Queriendo no obstante sustraerse á la debilidad que empezaba á apoderarse de él, hizo un esfuerzo y se levantó de pronto.

—Buenas tardes, compádre, le dijo el hombre que se le habia acercado.

—¡Oh! contestó Ives: en estos tiempos nadie aborda á las gentes de ese modo fuera de la ciudad. ¿Qué se os ofrece?

—Disfrutar de vuestra compañía hasta las puertas de esa hermosa población que allí se divisa entre la niebla. ¿Cómo se llama?

—Tours. ¿No sois de este país?

—Sí y no. Soy de todas partes y de ninguna: la Bretaña me reclama y los ecos del Poitá solo repiten el de mi nombre; pero todavía no he elegido el punto que me poseerá definitivamente.

Admirado el mercader le miró y dió algunos pasos para separarse de una sociedad que ya le inspiraba sospechas; pero aquel hombre singular, que parecía complacerse en su aturdimiento, le alcanzó de nuevo diciéndole:

—Poco á poco, amiguito, pues si correis de ese modo, llegareis molido á casa. ¿Qué dirá vuestra respetable esposa al saber que espondeis tan preciosa salud?

El tono burlon con que fueron pronunciadas estas palabras pareció tan insufrible al mercader, que á toda costa quiso terminar una persecución que se le hacia intolerable.

—Nada os importa mi salud, repuso incomodado.

—Me importa mucho, respondió el otro con cierta suavidad afectada, y sin manifestar que se resentía del tono que tomaba su nuevo conocimiento: vuestra amable esposa seria capaz de quejarse de mí, que solo anhelo vuestro bien... y para daros una prueba...

—¿Contais con acompañarme hasta mi casa? exclamó Ives alarmado.

—Así lo espero, contestó el otro sonriéndose, pues no es justo que os deje solo, cuando nadie sabe qué encuentros puede tener en un camino tan solitario como este. Y á propósito de esto, quiero daros un buen consejo. Hacedme, ¿llevais muchos doblones?

Al oír Ives semejante pregunta se puso sumamente inquieto, y contestó temblando:

—Buena cosa preguntais á un pobre mercader arruinado por la guerra civil y por los pleitos. Precisamente tengo que ir á Nantes á la vista de uno, y solo me quedan la esperanza de ganarlo y siete sueldos torneses para comer hoy.

—Pobre tesoro es ese para vuestra escarcela, y bien puede asegurarse que la justicia del rey os enviará al paraíso limpio de polvo y paja. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con que no habeis procurado haceros con otros recursos? ¿Solo esperais en el rey?

Y al decir esto lanzó al mercader una de aquellas miradas que le hacían temblar. La imaginación del pobre Ives empezó en efecto á turbarse; cuanto mas contemplaba á su interlocutor, mas extraño le parecia; la pluma de su sombrero se cambiaba á sus ojos en dos astas retorcidas de aceradas puntas, y sus piés en dos desmesuradas pezuñas.

El hecho era que Ives tenía miedo. Así fué que respondió maquinalmente:

—¿Y en quién he de confiar?

El otro repuso con ironía:

—En Dios... probablemente.

Ives creyó haber oído mal y respiró mas á sus anchas.

—Y como esta es una buena idea, prosiguió el otro, debemos ponerla sin tardanza en ejecución.

—¿Cómo? preguntó el mercader, que aun no comprendía.

—Escuchad: vos no teneis dinero, ni yo tampoco: hé aqui lo cierto. Ahora bien: pedid y se os dará: pidamos pues para obtener.

Hablando así dirigió una mano á su cinturón.

—Vamos, de rodillas, exclamó acto continuo.

Ives creyó que iba á salir del cinturón una de las pistolas que contenía, y que por lo tanto habia llegado su última hora.

El desconocido sacó de su cinturón un libro.

Ives quedó estupefacto, pues nada comprendía.

—De rodillas he dicho, repitió su acompañante.



—De rodillas, he dicho...

Y cierto fruncimiento de cejas, acompañado de un gesto significativo, probó al pobre mercader que el único recurso que le quedaba era una completa resignación. Habló devotamente las rodillas, y dirigió una dolorosa mirada hácia su terrible perseguidor.

—Perfectamente, dijo este: ya estais en una postura que envidiarían los buenos religiosos de Marmonier. Ahora me toca á mí.

Y aquel extraño personaje se arrodilló á su lado.

—Ea, añadió entonces, oremos, y el primero de los dos que oró...

tena dinero, lo partirá fraternalmente con el otro. Demos principio.

Y el pobre diablo tuvo que repetir maquinalmente la oración que el otro iba leyendo en el libro.

Ives juzgaba que estaba soñando.

—Ahora... mano á la escarcela. ¿Está llena ó vacía?

—¡Ah! contestó el mercader procurando enternecer á su perseguidor; os aseguro que nada hay en ella.

—Ea decir que no oras con fervor.



—¡Oh! Si por cierto.

—Mientes.

—Tan cierto como los dos somos buenos cristianos.

—Mientes por Belcebú, porque yo que no rezo de corazón, he obtenido ya dinero. Si dices la verdad, deberías tener los bolsillos llenos. Toma; añadió, dándole un puñado de monedas pequeñas; ya ves que cumplo nuestro contrato. Prosigamos nuestras oraciones.

Y el aturdido Ives volvió á repetir su lección.

—¿Qué tal? ¿Te han llegado ya muchos *Carolus*?

—Por Dios, concluyamos este juego... os juro...

—Calla, infame; ya veo, descreído, que intentas robarme lo que el cielo te envía para los dos; pero te juro por la hoja de mi daga, que no saldrás con la tuya.

Diciendo así, echó mano á la escarcela del mercader, se la arrancó, y apretando su poco, añadió:

—¿Lo ves, embustero? ¿Cuántos *Carolus* contiene?

—¡Monseñor! tened compasión de mi mujer y de mis pobres hijos... yo os juro...

—Silencio, judío, ó te aplasto contra el suelo. ¿Cuatrocientos hermosísimos escudos torneses! ¡Y todos ellos brillantes como medallas nuevas! ¡Qué magníficas caras!

Ives se arrastraba por el suelo, y se arrancaba la barba y el pelo.

—Lloron miserable, egoísta, neurero! exclamó el desconocido: has de saber que en el fondo soy un buen potentado y guardo fielmente las leyes que redactó. Ahí tienes doscientos escudos, y huye cuanto antes de mi presencia, si no quieres que alguno de mis vasallos te siga la pista y te desvalije. ¡Ah! Si llegas á referir esta aventura, la punta de mi puñal se encargará de cerrarte el pico.

Ives se levantó del suelo, y cogiendo con sus descarnadas manos la bolsa que el otro le alargaba, aunque medio vacía, echó á correr hácia la ciudad: á los pocos pasos dió consigo en tierra. Cuando se levantó no recordaba; sino muy confusamente, la terrible escena en que acababa de representar tan principal papel.

(Continuará.)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO IV.

COLMENARES.

Hemos observado la profunda impresión que hizo en D. Enrique Colmenares la noticia dada por D. Pedro Ponce de León, de que habían querido asesinarlo; y con cuánto calor y premura se encargó de

averiguar cuanto pudiera tener relacion con los asesinos del alcaide. Salió pues de casa del almirante de Castilla, y corriendo á toda carrera, llegó á la plaza de la Catedral, precisamente en el momento en que salía de ella D. Ramiro. Las densas tinieblas de la noche no permitían á Colmenares distinguir los objetos, y comó tenia gran interés en hallar el cadáver, cruzó la plaza en diferentes direcciones, hasta que encontró su pié un obstáculo en el cuerpo de un hombre muerto. En vano procuró D. Enrique reconocer las facciones del cadáver; la débil luz de alguno que otro relámpago, que rompía el denso manto de la noche, las iluminaba tan ligeramente y de una manera tan estraña, que solo ocasionaba dudas; y como el buen Colmenares no tenia tiempo que perder, cogió el cadáver, le colocó sobre sus hombros, y llegado al pié de la Giralda, desapareció por la puertecilla secreta que le habia dado paso una hora antes.

Luego que se encontró D. Enrique en una especie de subterráneo, alumbrado por una lámpara de bronce, dejó caer el muerto de golpe, y apoderándose de la lámpara, la acercó á su faz, al mismo tiempo que un hombre de repugnante catadura se colocaba tras el caballero, y clavaba su mirada torva y penetrante en el muerto.

Aun no habia tenido tiempo Colmenares para distinguir bien las facciones del carnicero, contraídas por las convulsiones de la agonía, cuando dijo el recién llegado:

—¿Enterramos al pobre Anton?

Esta pregunta hizo en D. Enrique la impresion que hace toda sorpresa en circunstancias extraordinarias y en determinados lugares: se enderezó de un salto y llevó la diestra á la empuñadura de la espada, estendiendo el brazo izquierdo con la lámpara, para que diera su luz en el rostro de quien acababa de hablarle.

—No os asustéis, señor; yo soy Calavera el sepulturero: dijo Calavera inclinándose.

D. Enrique le entregó la lámpara, se tranquilizó y dijo:

—Has comprendido mis deseos. Es preciso dar sepultura á ese cadáver; pero es indispensable que se la des tú mismo, por tu propia mano, y sin que nadie mas lo sepa.

—Señor, perdid todo cuidado; bajo nuestros piés se abre la tierra, y no sabrá nadie qué pisa sobre la cabeza de Anton, dijo Calavera con orgullo.

—Toma el precio de tu trabajo y de tu silencio, dijo Colmenares arrojando á los piés del sepulturero una bolsa llena de oro; porque los señores daban el oro hasta á sus mismos cómplices, tirándose.

Calavera recogió la bolsa, cuidándose muy poco del modo como la ponían en su poder; pero en vez de guardarla, la dejó sobre el pecho de Anton. La casualidad que colocaba una bolsa llena de oro al lado de una herida recibida por ganar oro, era un magnífico sarcasmo. De esos sarcasmos horriblos que no sabe lanzar el ingenio, y cuyo monopolio pertenece á la casualidad.

Desembarazado D. Enrique del cadáver del carnicero, dejó la bóveda de la torre, y con la misma velocidad con que había venido desde la casa del Almirante á la plaza de la Catedral, corrió desde la plaza hasta la cabaña del barquero. Encontró la puerta entornada, y penetró en aquel pobrísimo albergue que alumbraba la misma candela, chilloroteando como el brasero de una bruja.

La mujer del barquero no estaba tan acostumbrada á la presencia de Colmenares como á la de EL CABALLERO; y al ver al primero entrar tranquilamente, lanzó un grito que no le había arrancado Don Ramiro, aunque entró forzando la puerta, y muy inesperadamente.

—¿Por qué grita la buena mujer? preguntó D. Enrique recatándose con el embozo.

—Soy, señor, una pobre muger, y me ha sorprendido la presencia de un embozado: respondió la astuta esposa de Fortun, ocultando la verdadera causa de su sobresalto.

—Desecha todo temor, y llama inmediatamente á tu marido.

La mujer no respondió palabra ni hizo ningun ademán que indicara que iba á cumplir la orden imperiosa y urgente que le había dado Colmenares.

—¿No has oído, muger, que quiero hablar inmediatamente á Fortun? dijo D. Enrique.

—Mi marido no está en su cabaña, señor: repuso la mujer levantándose.

—Pues búscalo, porque le va la vida en hablar conmigo esta noche.

—No puedo buscarlo, porque ignoro absolutamente en dónde se encuentra, caballero.

—¿A qué hora salió Fortun de la cabaña? preguntó D. Enrique queriendo averiguar de este modo si había vuelto de su arriesgada expedición.

—Apenas habrá media hora, respondió la mujer, creyendo que de esta manera alejaba toda sospecha, supuestó que Fortun había recibido su herida una hora antes cuando menos.

D. Enrique quiso saber si las respuestas de la pescadora eran verdaderas ó vasisvas, y conservando siempre su embozo, preguntó de nuevo:

—¿A qué hora vino tu marido antes de su última salida?

La pescadora se estremeció ligeramente, pero respondió con aplomo:

—Mi marido ha estado en su barraca desde mucho antes de anocheár.

—¿Es mentira! exclamó D. Enrique furioso, porque aquella muger le estaba haciendo perder un tiempo verdaderamente inapreciable.

—Os he dicho la verdad, señor; y podrán atestiguarlo los barqueros, nuestros vecinos.

Iba á proferir Colmenares una horrible blasfemia, cuando se presentó Fortun, que como hemos dicho, había hecho volar á su barquilla. La presencia del barquero tranquilizó un tanto á D. Enrique, y acercándose á Fortun, le dijo con tono imperioso:

—Tengo que hablarte sin dilación y sin testigos.

El barquero dirigió una mirada investigadora y sombría al hombre que tan bien ocultaba su rostro con el embozo; y apoyando su mano derecha sobre el mango del largo puñal que llevaba al cinto, repuso:

—Puede empezar el caballero, que ya lo escucho atentamente.

—He dicho que quiero hablarte sin testigos, insistió Colmenares.

Fortun indicó á su muger que debía salir de la barraca, y esta obedeció después de haber cambiado con su marido una mirada bastante significativa.

—Ya estamos completamente solos, dijo el barquero sin acortar ni un paso la distancia que lo separaba del misterioso personaje.

—¿Me conoces? preguntó D. Enrique desembozándose enteramente.

El barquero se descubrió, y acercándose á Colmenares, repuso con tranquilidad:

—Sois D. Enrique Colmenares, á quien he visto muy pocas veces; pero cuyo rostro conservo bien en la memoria.

—Pues ya debes adivinar el motivo de mi visita, dijo friamente D. Enrique.

—Hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte, pero...

—Sé todo cuanto ha sucedido, y no vengo á reconvenirte por el mal éxito del lance.

—Pues si todo lo sabéis, señor, no adivino el objeto de esta visita.

—Vengo á pedirte el pergamino que te entregó Anton el carnicero. Fortun meditó un momento, y repuso:

—No puedo entregaros, señor, lo que me pedís con tanto afán.

—El señor de Marchena no ha muerto, y en tal caso no debes conservar la orden que firmé de mi puño, dijo D. Enrique con impaciencia.

—Tenéis razón en cierto modo; pero ese fatal pergamino no está en mi poder.

—¿Lo has perdido? preguntó Colmenares en el colmo de la ansiedad.

—Me ha sucedido algo peor.

—¿Qué te ha sucedido, Fortun?

—Me lo han arrancado á la fuerza.

—¿Quién? preguntó D. Enrique temblando.

—EL CABALLERO, respondió el barquero con frialdad.

Al oír Colmenares este nombre se estremeció de pies á cabeza; pero al terror siguió la ira, y desnudando la espada, quiso arrojarse sobre Fortun. El barquero no se movió, contentándose con decir:

—Nada adelantaría matándome, y perdería mucho con mi muerte.

—Habla, murmuró D. Enrique, bajando la punta de su espada.

—No puedo volveros el escrito, porque, como he dicho, está en poder de D. Ramiro, pero puedo poner al CABALLERO en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—En este momento si queréis.

—¿Tiene el pergamino sobre sí?

—Indudablemente.

—Acepto, Fortun, lo que me ofreces.

—Pues reúne la gente necesaria para prender á D. Ramiro.

—¿Está solo?

—Enteramente solo.

—Pues los dos seremos bastantes.

—Os engañais, señor. Dos espadas, aunque las manejen dos hombres tan esforzados como diestros, no tendrán á raya la de EL CABALLERO, y yo estoy herido y no puedo manejar la mía.

—No reflexionas que si tardamos podrá escapársenos?

—Es difícil.

—¿Pues en dónde se encuentra?

—Está en el alcázar.

—¿En el alcázar? exclamó Colmenares, no dando crédito á Fortun.

El barquero contó á D. Enrique, acomodándolo á su intento, cuanto acababa de pasarle con D. Ramiro; y le probó que EL CABALLERO no podría salir del alcázar sin el auxilio de la barca, auxilio que no tendría en toda la noche.

Colmenares comprendió al momento todo el partido que podría sacar de este incidente, convino con el barquero un plan que le parecía de seguro éxito, dejó al momento la barraca, llegó á su casa, dió algunas órdenes á sus mas fieles y valientes criados, y se presentó en casa del almirante de Castilla, de donde lo hemos visto salir, acompañado de D. Pedro Ponce de Leon, después de haber empeñado una palabra que todos creyeron poco menos que irrealizable.

(Continuará)

JUAN DE ARIZA.

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE TABUÉRNIGA,

en la muerte de su hijo.

¡Pobre niño! Nacer y morir junto
vió la espuma que baña
la ribera del mar; y vió en un punto
sin nieblas la montaña.

Y perderse en la atmósfera anchuros
del dulce canto el eco;
y el capullo nacido al alba hermosa
roto á la tarde y seco.

Violo, y luego soñó que á otras regiones
por mejorar de estado
sus espumas la mar, eco sus sonos
hubieran levantado;

Y que con ellos á juntarse fuera
la niebla antes perdida,
y el capullo gentil que en la pradera
vivió tan corta vida.

Y morir quiso, y remontose al cielo
su espíritu inocente
por ser feliz; pero á nosotros duelo
dejonos solamente.

Volvio al jazmín la tez en el formadé,
á la amapola bella
el matiz de los labios, la mirada
quedose en una estrella.

Y nada al infeliz padre en consuelo,
nada al doliente amigo,

supo guardar en su sepulcro el suelo
que fué de ello testigo.

Y en tanto á mí que corro y cruzo errante
de Genil las riberas,
no me dejan lugar para que cante
las voces lastimeras.

Son suspiros del aura perfumada,
ayes de las corrientes;
del aura de los valles de Granada,
del agua de sus fuentes.

Es de la adelfa que al amor del río
creciera á la par de ella,
compartiendo con ella su rocío,
dulcísima querella.

Si en el Generalife al paso, el viento
algun ciprés inclina,
como es murmullo triste, el pensamiento
allí finje *Etelvina*.

Y oigo su nombre en la robusta almena
que entre flores asoma,
donde el espacio de lamentos llena
la tímida paloma;

Y en el lauro que abriga en su ramaje
los palacios del moro,
y en el, de leve trasparente encaje,
arco bordado en oro.

Por do quiera preguntan ¿dónde? ¿dónde
está *Etelvina*? y lloran:
¿por qué tan larga ausencia nos la esconde?
es que su muerte ignoran.

Y yo no acierto á responder, y exhalo
en silencioso llanto el dolor mío,
y con la mano trémula señalo
las bóvedas azules del vacío.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Granada 6 de julio de 1832.

AL MISMO ASUNTO.

A mi buen amigo el marqués de Tabuérniga.

¡Cuán bien al lado del Señor reposa
la que el trasunto de su ser recibe!
la niña casta y sin igual y hermosa
mal en el mundo de los malos vive.

Cuando declina Febo al occidente
cierran su cáliz lánguidas las flores,
cansadas de mecerse en el ambiente,
hastadas de brisas y de amores.

Etelvina feliz, tierno capullo
apenas de la aurora saludado,
al cielo lleva tu primer murmullo
en néctar y en aromas empapado.

¡Bien hayas tú! De tu virgíneo seno
que Dios recoja tu primer latido;
solo Dios mira con amor al bueno,
solo Dios puede amar al desvalido.

Si por el mundo caminaste á ciegas
como el alma infantil siempre camina,
y á abrir los ojos en el cielo llegas,
ya verás cuánto ganas, *Etelvina*.

V. BARRANTES.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albambra, Jacometrezo 26.